

11

cuadernos de
ética
en clave cotidiana

PASEOS PARA HACER EN COMPAÑÍA

José Luis Pareja Rivas



Fundación Europea para el
Estudio y Reflexión Ética

cuadernos de
ética
en clave cotidiana

Paseos para hacer en compañía

JOSÉ LUIS PAREJA RIVAS



 Editorial Perpetuo Socorro
Covarrubias, 19. 28010 Madrid

cuadernos de
ética
en clave cotidiana

COORDINADOR DE
“CUADERNOS DE ÉTICA EN CLAVE COTIDIANA”

— *Enrique Lluch Frechina.*

Profesor en la Universidad CEU Cardenal Herrera

CONSEJO ASESOR

— *Rafael Junquera de Estéfani.*

Facultad Derecho UNED (España)

— *Antonio Fuertes Ortiz de Urbina.*

Investigador médico (España)

— *Luis Mesa Castilla.*

Institución Juan XXIII de Granada (España)

— *Marta Iglesias López.*

Asociación para la Solidaridad (España)

— *Jerónimo Peñaloza Bastos.*

Rector de la Fundación Universitaria San Alfonso (Colombia)

— *José Luis Pareja.*

Director Centro Residencial para Personas Mayores Ntra. Sra. del P. S.

DIRECCIÓN – REDACCIÓN – ADMINISTRACIÓN

— *Fundación Europea para el Estudio y Reflexión Ética*

C/ Félix Boix, 13

28036 Madrid (España)

www.funderetica.org | fundraising@funderetica.org

ISBN: 978-84-284-0806-6

DEPÓSITO LEGAL: M-30758-2018

ISSN: 2341-0388

A mis padres, Mari Carmen y Miguel Ángel, quienes me enseñaron
y me siguen enseñando a pasear por los vericuetos de la Vida.
Con todo mi amor y agradecimiento.

A mis hijos, José Luis y M^a Amanda, para que el inicio de sus
paseos les lleve a disfrutar de sus caminos.
Con todo mi amor y esperanza.



Índice

1. Presentación	7
2. Introducción	9
Un poquito de calentamiento antes de comenzar	
3. Primer paseo	15
Cuando la ética y la moral...	
¿Qué diablos es la ética y la moral?	
4. Segundo paseo	25
La familia... paseemos por la familia	
5. Tercer paseo	37
Los hijos... paseemos por los hijos	
6. Cuarto paseo	55
Paseo final por la vejez	
7. Bibliografía	65



I. Presentación

Cuando desde la Dirección de esta colección se me propuso escribir este Cuaderno de Ética en Clave Cotidiana, lo primero que hice fue leerme todos los que hasta esa fecha se habían editado. Y realmente son unos Cuadernos excelentes. Tanto, que me inquieté.

Tenía claro que quería hablar desde mi visión como antropólogo. Los antropólogos somos una especie rara, no suficientemente conocida, que solemos ser confundidos con otros profesionales.

¿Que qué es un antropólogo? Pues alguien que se dedica a conocer y a estudiar grupos de personas. A muchos grupos. Grupos pequeñitos o grupos enormes. Sus formas de organizarse, de relacionarse, de comunicarse, de divertirse,... en definitiva, de vivir. Y luego, tras eso, los compara. Y al final concluye que, en realidad, los que formamos esos grupos somos, a rasgos generales, bastante parecidos, pero infinitamente diversos.

Soy de los que piensan que para conocer una ciudad... hay que pasearla, meterse por las grandes avenidas y también por las callejuelas: la sorpresa siempre estará esperando en algún sitio. En mi reflexión sobre cómo escribir sobre temas “candentes” y cotidianos decidí pasear. Como dice mi buen amigo el cantautor Julen Gossip... “pasear es un placer”.

Y entonces paseé.

Y dispuse que ya estaba bien de leer tropocientos artículos y consultar un montón de libros para exprimir algo que quizás no ibas a abrazar o, al menos leer sin tener que llegar a la página 4 para cerrar el cuaderno y olvidarlo por algún lugar de tu entorno. No estaba dispuesto a eso. “Pa-ra na-da”. Como se dice ahora.

Y esa es mi propuesta. Pasear. Pero no solo. Pasear contigo, si te apetece. Mi pretensión a lo largo de estas páginas es dar unos paseos contigo, querido lector, querida lectora. Cuatro paseos. Muy breves, casi a ras de suelo, sobre cuestiones de las que hablamos en cualquier café, en nuestro trabajo, con nuestros amigos: La Ética y la Moral, la Familia, los Hijos y las Personas Mayores. Quizás si al final de los mismos te sientes satisfecho, me aventure a profundizar en alguno de ellos. Tú decides.

Intentaré no ser muy petardo y dejar de lado cualquier atisbo de academicismo que queda bien pero que puede llegar a saturar, aunque eso no quite que en algunos momentos del paseo recurra a alguien que, seguro, ha dicho o investigado o vivido de una manera más intensa que yo.

¿Me acompañas?

2. Introducción.

Un poquito de calentamiento antes de comenzar.

Estos tiempos son tiempos de incertidumbre... o no. Si miramos a nuestro entorno lejano, llegamos a la conclusión de que las cosas gordas que afectan a la Humanidad no han cambiado de tiempos remotos al momento actual. Catástrofes las ha habido siempre, hambrunas también, epidemias, guerras ni te cuento,... ¿Dónde está la diferencia? ¿qué hace diferente los tiempos pasados del actual? Pues la diferencia está en la rapidez en la que nos llegan las noticias. Su vertiginosa velocidad. Así mismo. Parte de la culpa la tiene el periódico como medio de comunicación. Aunque aparece en el s. XV, no fue hasta bien entrado el XIX con la Revolución Industrial cuando experimentó un gran desarrollo. Su aparición diaria hizo que los hechos que ocurrían en la localidad o región se difundieran con relativa rapidez, aunque los que excedían a unos cientos de kms. -si bien se conocían- lo hacían con un retraso más que evidente... pero eso no era *tan* importante. Lo importante era lo que pasaba en mi localidad o región o nación... y a partir de ahí todo quedaba muy lejano. Lejano y ajeno. Claro, el mundo aún no era esa aldea global de la que todos hablamos, opinamos, participamos y sentimos como algo nuestro. El siglo XX con el periódico, el cine, la radio, la TV, Internet y las redes sociales, nos hacen testigos inmediatos de cualquier hecho.

Decían nuestros abuelos: “Las cosas hoy no son como ayer”. Y entendíamos lo que querían decir.

*La velocidad
como diferencia
entre el antes
y el ahora.*

*Las cosas
hoy no son
como ayer.*

Entendíamos que estábamos hablando de un pasado que si bien no era remoto, sí que quedaba lejano, al menos en unas décadas atrás. ...Pero hoy ya no es así, porque la velocidad, esto es, el tiempo que tardamos en ver o escuchar lo que pasa en el último confín del mundo, nos posibilita estar en un estado de continua comparación y conocimiento. Cambiamos hábitos a toda velocidad. Sabemos todo de todo y todo nos hace relativizar muchas cosas, muchas actitudes y comportamientos. Ahora sí que podemos casi decir de forma literal “las cosas *hoy* no son como *ayer*”.

Antes las cosas les pasaban a los otros y ahora no tanto. Todos participamos de los cambios sociales que se van produciendo y que no son característicos o patrimonio de ningún grupo social, tal y como antes los entendíamos. Recordamos cómo dividíamos las épocas históricas en nuestra cultura por los grupos que las hacían posibles. Decíamos que en tal época, la sociedad se dividía en tales estamentos, y que cuando hubo revoluciones se volvían a reconfigurar esos estamentos y pasaban a ser clases sociales en donde, para resumir, estaban los ricos y los pobres —de eso ha habido siempre—. Los ricos fueron los reyes, los nobles, o los aristócratas, o los terratenientes o los capitalistas, (los futbolistas, los políticos, los banqueros, los grandes empresarios y los famosos, que diría alguno), los pobres eran los esclavos, o los campesinos, o el proletariado, o la clase obrera... pero también había por ahí otro grupo que podía ser el de los militares —en algunas sociedades eran un grupo más que considerable—, otro grupito que estaba

en medio y que intentaba vivir entre esos grupos: hombres libres, artesanos, burgueses, , intelectuales, clase media... y otro grupito muy interesante que se encargaba de administrar las creencias en otros seres y que estaba formado por sacerdotes o imanes o rabinos.... ¿Ya estamos todos? Pues no. Cuando uno piensa que ya no hay más formas de organizarnos por “clases” resulta que a finales del siglo pasado aparece una clase que si bien ya había aparecido en otros periodos de mucha crisis, también forman un grupo muy presente: los parados, los inmigrantes, personas que quizás fueron clase media, y que pasaron o fueron condenados a bajar de escalón por perder su empleo o por cualquier otra causa. Una pobreza vergonzante porque sus componentes, jamás podían imaginar que pudieran llegar a tener que ir a un comedor social o a pedir ropa o comida a cualquier organización social. Una pobreza vergonzante en la que podemos estar nosotros mismos.

Nuestra sociedad, nuestra cultura –una palabreja que sigue dando para mucha escritura- camina hacia un horizonte poco claro y definido. Las generaciones son cada vez menos distantes las unas de las otras. Se mimetizan se asimilan de una forma asombrosa. Lo que en tribus se consideran los “ritos de paso” y que suponen un momento crucial en la biografía de sus miembros, porque los configuran y definen de una manera meridiana –generalmente el paso de niño a hombre y de niña a mujer-, en nuestra cultura se encuentran indefinidos: ¿Cuáles son nuestros ritos de paso? ¿las Primeras Comuniones? ¿la primera

*Las cosas
antes pasaban
a otros.
Ahora....*

*Los “ritos de
paso” como
momento
crucial en
nuestra
biografía.*

borrachera? ¿la primera relación sexual? ¿Cumplir 18 años?

*“Emic”
y “etic”:
La cultura
desde “dentro”
y desde
“fuera”*

Los antropólogos, cuando tratamos de acercarnos para conocer otra cultura, hablamos de “etic” y “emic”, “émico” y “ético” (que no tiene aquí nada que ver con ética) para saber si ese acercamiento a la cultura se hace desde los que forman esa cultura (émico) o desde el ajeno que la observa (ético). Esto es, si la descripción, el estudio, el análisis de esa cultura se hace insertándose y participando el antropólogo en ella, diríamos que lo hace desde una visión emic. Si por el contrario se dedica a observar desde fuera, simplemente como si estuviese observando desde un microscopio, hablaríamos de una visión etic.

*Es bueno
vernos a
nosotros
mismos desde
fuera.*

Ciertamente que la primera de las visiones es la que se entiende como más “fiel” pues la mejor manera de conocer algo es probando ese algo, entrando en él para poder “sentir” o “respirar” las vibraciones que sólo desde dentro se pueden recibir. Pero no siempre es la mejor opción. En ocasiones, se hace necesario poder mirar desde fuera para poder así comparar en igualdad de condiciones otras culturas sin estar mediatizado. En parte, cuando criticamos, censuramos o ponemos etiquetas, lo que estamos haciendo es comparándonos con el otro. Y ese otro puede ser nuestro semejante, nuestro entorno cercano, los que no piensan como nosotros...podemos llegar a pensar en casos extremos que únicamente nuestra visión es la buena, ridiculizando a quien no piensa como nosotros o, peor aún, considerarlos una amenaza. Podemos llegar a

ser “integristas” de lo cotidiano. Por eso, repito, es bueno comparar estando “afuera”, para mantener la objetividad y sentirse, de alguna manera, libre para poder establecer un discurso ajeno a cualquier condicionante. Un libro muy divertido y pequeñito que me permito recomendarte se titula “Los Papalagi (los hombres blancos)”, que refleja cómo somos vistos desde fuera por un jefe de una tribu de Samoa una isla del Pacífico.

Nuestros paseos van a ser una mezcla de ambas formas de acercamiento, emic porque hablamos de y desde nuestra cultura, y etic, porque vamos a intentar salirnos de ella para podernos ver “desde fuera”; bueno, sobre todo, vamos a intentar despojarnos y despejarnos de cualquier concepción o idea que tengamos sobre los temas sobre los que vamos a pasear. He ahí el reto...



3. Primer paseo

Cuando la ética y la moral... ¿Qué diablos es la ética y la moral?

Una vez hecho el calentamiento preceptivo, ya podemos empezar nuestros paseos. Y quizás este primer paseo sirva un poco para conocernos, querido, querida paseante.

A veces hay conceptos que por más que uno busca y busca, lee y lee, rebusca, relea y pregunta, nada. Que no se le aclaran a uno. Algo así me pasó y me pasa cuando intento encontrar la forma en la que sentirme agustito cuando me aproximo tanto a la ética, como a la moral. La cosa tiene su importancia, porque eso de no saber uno qué cosas son esas cuando no paramos de hablar de ellas, tiene miga.

En estos tiempos todo es susceptible de ser catalogado como ético o como moral. Son términos que utilizamos continuamente y de manera indistinta. Que alguien roba... no es ético (o no es moral); que un político utiliza su cargo para colocar a alguien... no es ético (o no es moral); que un futbolista le da una patada al contrario con el objeto de impedir que avance por el campo...no es ético (o no es moral); que una vecina ha ido al supermercado y le han cobrado por error 50 € de menos y se ha callado...no es ético (o no es moral). Y eso si no hablamos de la manipulación genética, o de la eutanasia, o de la ética del cuidado o de la ética de la solidaridad, o de ética de la justicia o...

Hoy todo es catalogado como no ético o no moral.

Ética por aquí, ética por allá, moral por acullá... comportamientos o acciones no éticas o inmORALES...incluso personas que no son éticas o, eso, inmORALES. Pareciera como si no hubiera más palabras que éstas.

Y lo primero que se me viene a la cabeza es que utilizamos generalmente el término para describir acciones en sentido negativo. Más que parecer que el término es “ética” o “moral” parece que fuera “no ética” o “no moral” o “inmoral”, y esto porque tenemos esa dichosa costumbre de poner con subrayador bien fosforescente lo negativo, lo criticable, lo malo de los demás, de los otros, como alguien diría del “Yo No” (porque yo o mis acciones, *sí que son siempre* éticas y morales). O lo que es lo mismo “haz lo que yo diga, pero no yo lo que yo haga”.

Las palabras que se usan demasiado se desgatan, más aún, pierden su identidad, su sentido, es como cuando pasamos la mano por una barandilla y al paso del tiempo vemos que ha perdido el color... y llegamos a no recordar cuál era.

Siempre son los demás los que se equivocan.

Y es que estamos en una época en la que la medida de las cosas somos nosotros. Nosotros y nuestros actos. Nosotros como medida de nuestras acciones y las acciones de los demás. Nosotros como lo cierto, lo verdadero, lo que merece la pena. Siempre son los otros. El vecino, el compañero de trabajo, mi tía, mi primo, el jefe, el Presidente del Gobierno...los que se equivocan, los que no tienen comportamientos éticos ni morales...Estamos en la era en la que puestos a reconocer la velocidad de los

cambios, las que sí que “corren que se las pelan”, son las excusas. Nuestras excusas.

¿Quién asume su responsabilidad? ¿Quién está dispuesto a dar un paso atrás para reconocer que se equivocó? ¿Quién es capaz de no ladrar cuando conduce, de no alzar la voz cuando discute o sencillamente de... cuando se equivoca pedir perdón? Pedir perdón: signo de debilidad en estos tiempos. Signo de fragilidad, de desnudez emocional y social que de cara a los chacales que pululan a nuestro alrededor supone nuestra rendición a la solvencia y credibilidad personal y social. ¿Pedir perdón? ¿Reconocer que soy frágil? Jamás. Yo, de ética y moral intachable, me acabo creyendo que siempre son los demás los que ni las tienen, ni las han conocido. Luego... soy más, mejor y superior a ellos.

Hablemos de moral. A lo mejor puede ser útil considerar que cuando hablamos de moral estamos hablando de reglas, de normas que afectan a nuestra relación con los demás y también con nosotros mismos. Claro. ¿Pero qué normas? ¿Quién las dicta? ¿Quién las publica? ¿Salen en el BOE? ¿Son las mismas en todos los sitios? ¿Cambian con el tiempo? ¿Es lo mismo moral que Derecho? Uff... demasiadas preguntas para nuestro pequeño paseo y volvemos a darnos cuenta que es una palabra muy en boca de todos.

Quizás podemos afirmar que la moral se concreta en preceptos que persiguen conseguir una sociedad mejor... para que sus miembros sean cada vez mejores, o al menos establecer unas reglas del

En estos tiempos pedir perdón es un signo de debilidad que no nos podemos permitir.

*La moral como
conjunto de
preceptos que
debo cumplir
para que
yo sea mejor.*

juego que establezcan cuándo la partida continúa o cuándo no. La moral entra dentro de nuestro plano íntimo, personal en el sentido de que nos condiciona, marca, por decirlo de una forma, nuestra forma de comportarnos...pero sabiendo que esas aspiraciones que persigue me benefician, me hacen...más humano, pero no sólo a mí; también al conjunto de todas las personas, la totalidad de las personas que forman un grupo o una sociedad entera. Claro, si yo con mi actitud, con mi forma de ser con los demás en mi casa, en mi trabajo, cuando salgo de paseo, cuando cojo el coche... llevo a cabo estos preceptos, probablemente seré mejor y haré un mundo mejor.

Los seres humanos, pese a lo que digan algunos, no estamos diseñados para hacer el mal, para hacer daño a los demás y a nuestro entorno. Como “reyes de la creación” sentimos la responsabilidad de preservar, cuidar y mejorar nuestro mundo. De lo contrario, si estuviésemos diseñados para destruirlo, para ser malos, vamos, ya hace tiempo que lo habríamos hecho fosfatina, no tengamos duda. Ahora bien, el ser los reyes de la creación sí que puede provocar que nos sintamos con el derecho de abusar de él por creernos que nos pertenece a nosotros y sólo a nosotros. Tenemos esa especie de sentimiento de superioridad sobre todo lo que nos brinda la Tierra que lo queremos y creemos nuestro. Más que nuestro, mío. Somos competitivos desde que nacemos. A fin de cuentas, “sólo” somos animales. Tenemos las funciones vitales como ellos. Nuestro desarrollo es también similar al de ellos. Nacemos, crecemos, nos reproducimos y mori-

mos como ellos. Vivimos en manadas, como muchas especies animales...y como consecuencia de ello, convivimos. Y cuando hay convivencia... se pueden generar conflictos. Y el conflicto se puede producir en cualquier momento dentro de nuestro “clan”, manada, sociedad, raza..., y también entre el nuestro y otros. Nuestro mundo que es nuestra aldea global, está conformada por una multitud enorme de manadas. Estas manadas se pueden diferenciar por el color, por la estatura, por la forma en la que se comunican, por sus creencias religiosas, por todo lo anterior... y hay clanes que se desarrollan y desarrollan a sus componentes de muchas maneras.

La convivencia genera conflictos.

Quiero decir, amigo, amiga paseante, que vivir en sociedad, vivir agrupado, es una de las características que poseen los seres humanos. Pero no somos un rebaño, una manada de animales. Desde tiempos remotos hemos considerado que, por un lado, poseemos una propensión a ser felices, a transformar y dominar nuestro mundo —el ser humano es muuuuy curioso— y, por otro lado, a no entrar en conflicto con los nuestros salvo, como hacen el resto de los animales, si vemos amenazado nuestro alimento, nuestra familia y nuestra ubicación. ¡Ah, la curiosidad...! La curiosidad distingue y caracteriza a muchos animales y por supuesto al ser humano. La curiosidad por saber, por encontrar explicaciones. La curiosidad para poder dominar, controlar lo desconocido, lo no sometido. Curiosidad por conocer el porqué del rayo, por qué el sol se oculta durante el día y se hace la noche, por qué la lluvia inunda en ocasiones o no evita la sequía

*La curiosidad...
el inicio del
mito.*

en otras,... el porqué de la muerte... “La curiosidad mata al gato” pero nosotros vamos más allá del simple hecho de curiosear: Buscamos respuestas. Nuestra curiosidad es algo más que el simple cotilleo o la inconsciencia en estado puro que poseen las crías de la manada. En nuestro afán por dominar el mundo, queremos conocer. Llegar a aquello que no entendemos o que no sabemos interpretar. Te hablo de hace miles de años. Algunos dicen que en este momento nace la religión, (otra palabra que... tiene miga), la “creación” de seres trascendentes para que den respuestas a aquello que, obviamente, no tiene respuesta para el hombre, ser frágil e “intrascendente”. Natural... pero muy complicado. La “invención” de toda una realidad paralela que pudiera explicar por qué estaban allí y quién había creado aquello que ellos seguro no –desde los árboles hasta el mar, pasando por las criaturas de su entorno-, dio origen a otra palabreja: El mito. Y tras el mito... o junto a él, el rito. Y nuestra bolsa de palabrejas está aumentando de manera preocupante.

*El mito como
respuesta a lo
inexplicable y a
quién somos.*

No nos agobemos. A fin de cuentas este paseo que estamos llevando a cabo por los comienzos de nuestros primeros antepasados, no difiere mucho de lo que hemos estado haciendo hasta no hace mucho, o incluso, hacemos ahora. El mito: La creación de una historia que explicaba algo. Mejor aún la creación-invención de una historia que les explicaba quiénes eran ellos, su propia identidad, su, por decirlo de alguna forma, génesis. ¿Recordamos nuestro Génesis del Antiguo Testamento que nos explica claramente de dónde venimos? Obviamente ha-

bía tantos mitos como grupos humanos diferentes. E incluso dentro del mismo grupo podían crearse varios mitos. Vale, algunos autores hablan de “relatos”, de “historias verdaderas” –porque para ellos realmente lo eran- que se perpetuaban a lo largo de generaciones y mantenían la identidad del grupo; más o menos establecía los caminos sobre los que asentar los comportamientos y las relaciones de ese grupo entre ellos y su entorno exterior. El mito era... su piedra filosofal.

Y ahora la religión. Vaya salto. Bueno... salto relativo. Al hablar de mito... pues también procede hablar de religión. Religión como forma de evolución de esos grupos que iban andando a través de su historia. Religión como respuesta a lo que la “ciencia” de ellos no comprendía –más que ciencia, magia, puesto que cuanto más primitivos éramos, las soluciones a los problemas los resolvíamos mediante ella-. Obvia decir que no es magia de magos que hacen aparecer palomas o adivinan qué carta hemos escogido, sino magia como “imperdibles” que intentaban unir lo conocido con lo incomprensible. Primero magia, y con ella sus ritos, esto es, sus formas de intentar que el imperdible no se abriese y provocase un estropicio. Mito, magia, rito, religión. Religión como forma evolucionada de dar respuesta a lo que entendiblemente, intelectualmente, no tenía respuestas. Religión como forma de “trascender” con realidades inexistentes o mejor dicho con realidades existentes pero no visibles... Dotadas por los hombres de todo el poder que el hombre mismo no tenía.

*Magia,
religión...
hacia la
trascendencia
del Hombre.*

La religión con sus preceptos, con sus ritos, con sus enseñanzas, con sus premios y castigos que, en cada sociedad siendo distinta se perseguía, para por un lado, mantener contentos a sus dioses y, por otro, que sus “practicantes” adquirieran un nivel de crecimiento personal que les permitiera aproximarse a esos dioses.

Vaya paseíto... Ya lo estamos concluyendo.

*El hombre
como ser
moral. Como
medio para el
equilibrio entre
sus semejantes.*

La religión con sus preceptos, con sus normas como forma de mostrarnos la tendencia “humana” a hacer el bien a sus semejantes, por mor de esas realidades “etéreas” veneradas... La distinción entre lo que está bien y lo que está mal, lo que se puede hacer y lo que no... Lo que es “premio” o “pecado”, “lo moral” o lo “ético”. Como decía al principio del paseo, algo común al ser humano desde que tiene conciencia de sí mismo. Ser “bueno” consigo mismo, con los demás, con su mundo. El hombre como ser moral. La moral como ese conjunto de postulados -que pueden no coincidir en función de los grupos- y cuyo fin es algo muy simple: cumplirlos de manera individual para estar bien con uno mismo y con los demás, para ordenar, preservar y defender al grupo frente a las individualidades de sus miembros y frente a otros grupos. ¿Para qué? Pues para unos grupos será para llegar a parecerse a sus dioses y obtener premios maravillosos, para otros para hacer del mundo una aldea común; para otros para protegerse y organizarse contra la injerencia de otros grupos, para otros como normas de comportamiento que intentan evitar conflictos o remediarlos cuando se producen. O una mezcla

de todo lo anterior. No hay una sola moral aunque, como estamos viendo el fin sea el mismo. No hay una sola moral y aunque el fin sea el mismo para cualquier ser humano, su aplicación, su puesta en práctica puede ser antagónica entre un grupo y otro. ¿Me pide mi acompañante en el paseo algún ejemplo? Ahí va: Hay sociedades, en las que uno de sus principios morales fundamental e irrenunciable es el respeto a la vida. Hay otras en las que matar de manera justificada, esto es obviar ese respeto a la vida, es también un principio moral. Y hay otras en las que se pueden compaginar ambos principios morales.

Final del paseo...

Psssss...Oiga... ¿Y eso de la ética en qué quedó?

Cierto, mi paciente e inteligente paseante. ¿Qué pito toca aquí la ética? Pues la ética no deja de ser como la intérprete que, con los pies en el suelo, se encarga de ir diciendo cómo el paso del tiempo, de los años, como dice el bolero, va “modificando”, “modificándonos” sobre la base de esos postulados que conforman la moral desde hace muuuuuchos años. Es la interpretación, la reflexión, que vamos haciendo cada uno, desde nuestra experiencia y vivencia sobre esos principios. Nos va poniendo en sintonía con esos pilares que conforman nuestro “ser humano” y nos sincroniza con ellos... o no. De ahí que si la sociedad es cambiante, la visión de la ética sobre sus principios morales –puesto que nosotros somos parte de la sociedad- vaya también cambiando. Por eso hay cosas que ahora

...pero no hay una sola Moral.

La ética nos pone en sintonía con los preceptos morales... o no.

*La Moral
el camino;
la Sociedad
el jinete;
la Ética
el caballo
que conduce
el jinete...*

no entendemos cómo antes se llevaban a cabo y se cumplían de forma automática, pero también nos decimos lo contrario ¿cómo qué antes esto se hacía así o se prohibía.....? Utilizamos mal la ética para reinterpretar la moral, pero también la utilizamos bien para “desencorsetarnos” de ciertos preceptos morales. “Las cosas hoy no son como ayer”, ¿recuerdas, querido paseante que lo decíamos al inicio del camino? Imagina, cómplice acompañante, que la sociedad es un jinete sobre un caballo; la moral es el camino por el que dicho caballo transita y la ética es... ese caballo cuyas bridas maneja el jinete para indicarle por qué camino *debe* o *quiere* que vaya. En los últimos tiempos, tal y como iremos viendo en nuestros paseos, veremos que los cambios que estamos sufriendo y produciendo son muy rápidos y con consecuencias casi inmediatas. Nuestro caballo está desbocado. Y no siempre la destreza de la mano que lleva las bridas logra domarlo o llevarlo por el camino menos farragoso, llegando incluso a sacarlo de dicho camino, aunque... porque entre otras cosas... ¿cuál es el mejor camino?

Segundo paseo

La familia...paseemos por la familia

Mi querido, mi querida paseante; espero que nuestro primer paseo no te haya dejado con un esguince y decidas por ello no continuar compartiendo conmigo mis pasos.

Casi con rubor adolescente me aventuro a preguntarte: ¿Andamos?... ¡Gracias!

Una de las instituciones que más han cambiado en nuestra sociedad occidental ha sido la familia. Cuando hablo de institución me refiero a una organización que está fuertemente consolidada a través del tiempo. Tan fuerte que permanece inalterable. Casi podría decir que es inmortal. Bueno, no pareciera eso en estos momentos en los que una parte importante de nuestra sociedad habla de su crisis, de su ruptura o incluso de su extinción. Hasta bien entrado el siglo XX, la familia, insisto, dentro de nuestra cultura occidental, -y si me apretáis mucho podría decir en la mediterránea- se basaba en la convivencia de dos seres, esposos, hombre y mujer, mujer y hombre, con su correspondiente prole con una razón de ser de esta convivencia a lo largo de toda la Historia: Reproducirse. Perpetuarse. En muchas ocasiones, la familia se podía ampliar, sobre todo coincidiendo con la vejez y la necesidad de cuidados que precisaban los padres de los esposos. Desde la Antropología, tenemos una rama que denominamos Antropología del Parentesco en

La familia hoy es algo más que hombre, mujer y descendencia.

donde estudiamos prácticamente todas las formas de relación que existen entre estos núcleos sociales primarios. Hablando claro, estudiamos cómo se relacionan los sujetos (demasiado técnico, mejor pongo personas); cómo se relacionan las personas que conforman una familia entre sí y, a su vez, entre otras familias y grupos. Os puedo asegurar que os sorprenderíais de la cantidad de formas diferentes de familias y maneras en las que se organizan.

Sí es normalmente común a todas las familias la función reproductora: es fundamental para la preservación lógica de la especie. Bien es cierto que esto de la función reproductora también hay que cogerlo en un sentido amplio, como veremos en un momento, pues nos podemos encontrar con diferentes formas de reproducción que no tienen por qué coincidir con la natural que se lleva a cabo mediante apareamiento (podemos utilizar también el término cópula que a su vez no es igual a coito pues éste no tiene por qué conllevar fin reproductivo). Pero no sólo el fin es exclusiva y meramente reproductivo. De ser así el apareamiento se podría llevar a cabo entre todos los miembros de la familia. Hay otras funciones. Por ejemplo, establecer relación entre otras familias y la posibilidad de hacerse más “fuertes” a la hora de protegerse o emprender tareas comunes, propició que se considerara nocivo y “limitante” las relaciones reproductoras *dentro* de la familia, entiéndase el incesto. Esto, y las consecuencias comprobadas en lo concerniente a problemas de salud en la descendencia. Por eso no cabía en sus “primitivas” conciencias la posibilidad de

poder llegar a las situaciones que nos encontramos hoy día de abusos sexuales dentro del seno de las familias entre ascendientes/descendientes. Era impensable. Porque no tenía sentido aquello que no condujera a la procreación. A veces escuchamos: “La sexualidad como forma fundamental de preservación de la especie”. Pues no. Ni mucho menos. No es la sexualidad sino la procreación, la fecundación el vínculo primordial para la creación de una familia. La sexualidad incluye la procreación, pero en ningún caso puede identificarse exclusivamente con ella.

En nuestro momento presente, a la estructura tradicional de hombre/mujer y descendencia se han unido múltiples formas de establecerse las familias. La posibilidad de romper el primer vínculo matrimonial –entiéndase separación o divorcio- y permitir nuevas uniones –en nuestro país es muy reciente, no llega a los 40 años, si bien es cierto que en 1932 se aprobó la primera Ley de Divorcio que duró 7 años y con una incidencia mínima-, ha generado que lo que antes eran situaciones excepcionales de segundas nupcias por viudedad fundamentalmente, sean ahora de una frecuencia manifiesta. En pocos años, se estima que los divorcios afectarán a más del 70 % de los matrimonios. No puedo entrar en este paseo a explicar el porqué hay cada vez más divorcios. Si te puedo adelantar que las causas que los originan han cambiado con el paso de los años. Incluso el tiempo que tarda en producirse, cada vez menos, incluso el momento más proclive en el que se lleva a cabo. Divorciarse es una cosa y volver

Las nuevas formas de convivencia están unidas a las nuevas formas de uniones familiares.

a casarse otra. Claro; la reafirmación de tener un nuevo contrato civil, esto es, la celebración de un nuevo matrimonio, tampoco tiene por qué producirse, puesto que donde antaño se hacía imprescindible, no es preciso ahora. Las nuevas formas de convivencia están unidas a las nuevas formas de uniones familiares. Por ejemplo, nos encontramos con uniones en las que cada uno de los “cónyuges”, -vamos a llamarlos así incluyendo uniones de hecho o simplemente convivientes, siendo el término exacto el de concubinato-, aportan a la nueva unión hijos de sus anteriores relaciones, lo que genera otras formas de relación no sólo entre los descendientes, sino entre las familias extensas (padres, hermanos...) de cada uno de los cónyuges. La estructura familiar no sólo se ha modificado en la posibilidad de establecer tantas relaciones como se quieran, (uno puede casarse y divorciarse ilimitadas veces o romper e iniciar relaciones) –cuestión tampoco muy frecuente siendo objetivos-, sino que, además se ha “roto” la concepción tradicional de la composición familiar básica, esto es, hombre/mujer. Hemos cambiado tanto el “número” como el “con quién”. Fíjate, amigo, amiga acompañante, la cantidad de formas diferentes de familias que existen en nuestra cultura: familia nuclear o elemental (formada por padre, madre y descendencia), troncal (los anteriores más ascendiente/s), extensa (los anteriores más parientes cercanos como tíos, primos...), monoparental (uno sólo progenitor e hijos), homoparental (progenitores del mismo sexo más hijos), reconstituida (familias formadas por los

*¡Cuántas
formas
diferentes de
familia existen
en nuestra
cultura!*

excónyuges con otra pareja), agregada (convivencia sin formalización de matrimonio; también se puede denominar de hecho), ensamblada (uno o los dos miembros de la pareja tienen hijos de relaciones anteriores), imagínate si nos parásemos a hablar sobre cada una de ellas...

Sé mi querido o querida acompañante, que hasta aquí este paseo lo has hecho, muy posiblemente en infinidad de ocasiones, pero he creído necesario que lo volviéramos a hacer juntos. Cómo hemos llegado hasta aquí es difícil de precisar. Muchos de nosotros, probablemente no hubiéramos imaginado hace unos pocos de años que, al margen del divorcio, que era un clamor popular frente a la supremacía moral de la Iglesia y el Estado sobre su concepción del matrimonio como unión indisoluble, poco más había que decir... y no. La posibilidad de establecer otras formas de unión entre personas del mismo sexo, -entiéndase matrimonios homosexuales-, la posibilidad de poder traer hijos al mundo dentro de estas uniones sin tener que recurrir al binomio macho-hembra, -la unión hembra-hembra permite la procreación mediante técnicas de fecundación artificial-, la adopción en el caso de uniones entre hombres al margen de las conocidas, o la posibilidad también de poder gestar otra mujer el óvulo de otra alquilando su vientre, o simplemente, procrear ella sola sin necesidad de establecer ninguna unión, o recientemente poder dar a la luz mujeres sexagenarias...

Descansemos un rato, este paseo se nos está poniendo muy cuesta arriba...

Quizás nuestra cultura, muestra moral, ha marcado durante muchos siglos un camino al que nuestro caballo estaba condenado a seguir. Sólo uno. O al menos el único por el que tenía sí o sí que caminar so pena de ser “expulsado”, apartado, y por supuesto, llegado el caso, sacrificado. Para que una sociedad pueda desarrollarse con garantías, lo primero que necesita son... caminos. Sin casi caminos, no digo nada si además de pocos son “vigilados”, aparece la “masa”. Masa en el sentido más gris y triste de la palabra. Masa. Masa informe, masa prediseñada, masa adormecida, masa manipulada durante generaciones y condenada a tener unas orejeras enormes para no poder orientar su vista hacia otros posibles linderos. Masa que bajo preceptos morales no tiene otra razón de ser que caminar como le dicte un pequeño grupo enconado en hacer eso, un solo camino en la creencia de que es el único y verdadero. Algunos dirán que son preceptos morales, otros los llamarán bases ideológicas, otros, la Biblia, el Corán, da lo mismo; a fin de cuentas, un pensamiento único, una única moral. La verdad es que para nosotros los antropólogos tiene poca importancia el término a utilizar en este contexto. A ver, quiero decir que no lo dotamos de definición en nuestro ámbito de estudio. Porque entendemos –mejor me bajo un poco de las nubes y hablo en primera persona- entiendo, que el concepto religión o ideología que generalmente se aceptan como distintos, quizás en estos tiempos no lo sean tanto. ¿qué diferencia hay entre los postulados de cualquier religión y los de una ideología política? Los ritos, los sacrificios,

*En ocasiones,
religión e
ideología
pueden ser muy
similares....*

la liturgia, el adoctrinamiento que se supone que definen a una religión ¿no los tienen también las ideologías? ¡Ahhhh! Lo trascendente, el ser (seres) supremo (s), es lo que define a las religiones. Bueno, en muchas ideologías el ser supremo, está vivo y coleando, -y si no, se le venera de una forma “sospechosamente religiosa”- sobre todo, *pero no sólo*, en las autoritarias... Por eso sonrío cuando algunos... (póngase aquí el adjetivo que se quiera) hablan de dejar en las escuelas el retrato de Marx, o de Ghandi y de quitar un crucifijo... ¿Cuál es la diferencia para que unos sí y otros no? ¡Cuántas muertes y guerras han generado las religiones...! Ya... Cierto y execrable. ¿y las ideologías? ¿Y el bien que han generado o generan? ¡Vaya tela...! (esto daría para otro paseo sustancioso...)

Me desvié un poco, cierto. Te pido disculpas. Hablábamos del camino. Pues...salir del camino, buscar otros diferentes no es fácil. Acostumbrados como el tren que circula por la vía a realizar siempre el mismo recorrido... en parte ese es este paseo por la bases que definen la familia. Para un numeroso grupo de personas, un camino de muchos, muchos siglos, que cuesta trabajo abandonar. Y es cierto que los debates morales, sociales, “de conciencia” no paran de darnos argumentos a favor y en contra. Aquí la información que recibimos, nuestra continua comunicación con los otros y nuestra experiencia personal es la que va marcando el ritmo al que debe de ir el caballo. ¿Es ético este panorama? Las experiencias que nos vamos encontrando como si fueran obstáculos en nuestro camino son cada vez

*Ante los
cambios
culturales,
nosotros somos
protagonistas
principales
si nos
posicionamos
valientemente.*

*...no perdamos
de vista el
enorme poder
de los nuevos
medios de
comunicación.*

más y más concluyentes: Nuevas formas de convivencia. Nuevas formas con sus luces y sombras, como las luces y sombras que tenía hasta ahora la tradicional y asumida por todos nosotros. Mujer, hombre, prole. Para que se produzca un cambio cultural o moral o se recurre a la fuerza o imposición en cualquiera de sus manifestaciones –ideológica, militar, religiosa- o se deja que vaya impregnando –y posicionando- a la sociedad hasta ver cuánto llega a expandirse. Dejar no significa no moverse, no posicionarse, no intentar evitarlo o propiciarlo: dejar significa tener la mentalidad abierta pero crítica, sabiendo que en esos cambios uno mismo es protagonista de poder al menos decidir si está dispuesto o no a aceptarlos sin tener que ser o sentirse obligado. Nadie tiene que obligarme a que yo sea homosexual, como nadie, tampoco, a que sea heterosexual. Y a lo anterior...años, generaciones, y dosis de adaptación. Y olvidémonos de gurús, vaticinadores, visionarios y demás especímenes de apocalipsis o profecías diversas augurando lo peor o lo mejor. Los cambios de mentalidad, esto es pasar a ver blanco –o gris- lo que antes era negro requieren su tiempo, si bien es cierto que este tiempo se hace cada vez más corto. Y tengo que caer en el tópico de hablar, como ya lo he hecho y seguiré haciendo, de los medios de comunicación y la utilización de internet y redes sociales como promotores de conformar sobre la base de opiniones y prácticas minoritarias la apariencia contraria, esto es, de universalidad. Puerta abierta para que vayan entrando nuevas orientaciones, tendencias, usos y prácticas de, en el

caso de este paseo, nuevas formas de uniones familiares. A estas alturas del paseo, no se puede obviar que quizás lo que hasta ahora hemos asumido como válido, bueno, moralmente correcto, siéndolo, tiene que hacer sitio a otras nuevas orientaciones.

Las nuevas formas de familia... no son dañinas. Las experiencias y los estudios que sobre el respecto se están llevando a cabo, lo confirman. En parte porque las nuevas formas de familias no son tantas, o mejor dicho, sólo se diferencian de la tradicional en el hecho de poder ser sus componentes dos hombres o dos mujeres. Simple, tan simple como seguro que más de uno me dirá “¿y te parece poco?” Pues...no me inquieta. Y si tuviera más espacio te podría argumentar mucho al respecto... Quizás tengamos que preocuparnos por saber qué diferencia o en qué se diferencian las familias de hoy, sea cual sea su composición, a las familias de ayer. Qué hacía que nos uniésemos en esta peculiar estructura, y qué nos motiva a hacerlo hoy. Llevas razón; ya lo veíamos al principio del paseo: preservar nuestra especie. Pero... ¿ahora también es ese el fin principal? Bueno... sí y no. Ya no todas las uniones buscan tener hijos. Si acaso uno. Pero no es el objetivo prioritario. Hace unos pocos años, el decir que no se querían tener hijos, o decir que, si acaso uno, era sinónimo de poder ser tachada la pareja de egoísta, de “antifamiliar”. Es más, la pareja que no tenía hijos era, sí o sí, porque no podían. Ahora... ya no tanto. Ahora pendulamos entre las parejas que se consolidan pasada la treintena y los troteos de los adolescentes y preadolescentes que mimetizan todo

*Las nuevas
formas de
familia no son
dañinas...*

lo que ven. Las primeras condicionadas por un mercado laboral precario y un acceso a la vivienda más que complicado que los arrastra a mantenerse en posición de alerta e inseguridad durante años. Los segundos porque, en lugar de encontrarse con unos padres que les marquen restricciones y les enseñe a decir “no”, se encuentran que con 12 años ya les facilitan el “kit anti-embarazos no deseados” para culminar lo que se suponía que tenía que culminar, qué menos, que con cinco o seis años más. Nos hacemos cómplices de una desviación “antinatural”. O sea, que en lugar de afrontar el problema en serio, lo parcheamos como muestra del fracaso de una sociedad absolutamente permisiva. Pues venga, gracias a normativas “progres” –entiéndase ley del aborto que llegó a permitir a adolescentes tomar esa decisión trascendental sin conocimiento de los padres- pues evitamos nuevas familias no deseadas. Claro. Está bien pensado el tema. Nada, otro paseo que se queda pendiente.

*...y el divorcio
es necesario,
pero -salvo
excepciones de
todos sabidas-
no será lo
mejor para los
hijos.*

Fíjate mi confidente paseante, mucho más dañinas que las nuevas formas de familia, son fundamentalmente –y esto implica un cambio de visión que pone a los hijos como protagonistas y no a la pareja- los divorcios, esto es, la ruptura de la familia. Divorcios por situaciones no dramáticas, obviamente. Nunca acabarán de entender unos hijos por qué tuvieron la “mala suerte”, de pertenecer a una familia que se rompió. Por mucho que racionalicen los hechos, ordenen sus sentimientos y convivan toda su vida con esa realidad. Y es que estamos desde hace miles de años diseñados para pertenecer a una familia nuclear,

al menos en nuestra cultura occidental, mediterránea, y fíjate, existen grupos que pueden establecer otras formas muy diferentes de uniones familiares en las que, por ejemplo, los hijos son educados por los hermanos de la madre frente al padre...pero porque eso grupos llevan, a su vez, miles de años con esa forma de organización. Hemos aprendido a crecer y desarrollarnos en una familia, no en dos familias. Dentro de muy poco nuestra cultura asumirá perfectamente esta situación de manera natural y no será tan traumático. Pero aún no es así. Y es que por más que queramos y haciendo una reducción más que aventurada podríamos decir que, a fecha de hoy, realmente sólo hay dos formas de familia: Una en la que habitan padres (ambos) y descendencia y otra que se subdivide en dos familias: una en la que habita la madre y su descendencia y otra en la que habita el padre y esa misma descendencia. Aunque, tristemente los descendientes no estén al 50% con uno y otro. Aunque sólo convivan con uno de ellos un puñado de días al mes. No erremos en el punto de mira. ¿Qué está pasando en nuestra sociedad para que prevalezca el interés de los padres, en este caso de los componentes de la pareja, –insisto sin razones traumáticas- es decir, el bienestar de ambos sobre el de los hijos? Aquí podría empezar otro apasionante paseo, en el que te adelanto, mi fiel acompañante, que no te puedo dar, personalmente, muchas respuestas.

Terminamos este paseo sobre la Familia. No creo, honestamente, que se esté intentando dinamitar su estructura, su razón de ser; aunque no asumir

En gran cantidad de ocasiones los hijos de divorciados dejan de tener un hogar, para tener dos casas.

su transformación tanto en su composición como en su organización y funciones, implica vivir de espaldas a la realidad. Si la sociedad occidental camina hacia el reconocimiento de nuevas formas de vínculo, más allá de la estrictamente heterosexual, es más que evidente que el siguiente paso es la creación de nuevas formas de familia pues es innegable el deseo de preservación que de manera innata poseemos tanto hombres como mujeres. Es, a partir de la pluralidad, cuando existe un elemento común a todas ellas: los hijos. Los verdaderos protagonistas.

... Y de ellos vamos a hablar en el próximo paseo.

Tercer paseo.

Los hijos... paseemos por los hijos

Este paseo se me antoja apasionante y lleno de momentos muy emocionantes. Apasionante, pero con interrogantes. Muchos interrogantes. Mi querido, mi querida acompañante, el paseo nos está haciendo amigos. Pasear, compartir un paseo con alguien es mucho más que escribir un tratado sobre la amistad. Es la amistad misma. A fin de cuentas, ¿qué es la vida sino un paseo que cuando se camina solo con uno mismo no deja de ser más que una simpleza, una absurda singladura? El paseo está inventado para no hacerlo solo con uno mismo. Por eso estoy disfrutando estos contigo, mi amigo, mi amiga.

Hablar de los hijos... Es parecido a hablar del inicio de la vida de uno mismo, puesto que, en parte, uno nace a la vida cuando hace posible la vida en otros. Bueno, es una forma de sentirlo. Al menos en mi caso.

Pero este paseo no es para hablar de mis hijos, que son dos, hijo e hija. En este paseo vamos a sorprendernos de cómo son los hijos de esta sociedad. Aquí, nada más empezar, está el gran error: Pensar que nuestros hijos son de todos menos de sus padres.

A lo largo de los siglos, los hijos han representado en su crecimiento, desde la más absoluta dependencia en su infancia, maravillosa dependencia, hasta la más absoluta indiferencia a partir de la adolescencia hacia sus padres. Claro que todo esto con todos los

*Nacemos
muy frágiles
y precisamos
mucho atención
y cuidado.*

matices y reservas que se quieran, pero creo que nos entendemos. Cuando son pequeños, son adorables. ¿Cómo no emocionarnos cuando recordamos las primeras veces que se dirigían a nosotros con esa mezcla de sonidos que daban lugar a escuchar “papá” o “mamá”? Los primeros años de nuestros hijos son los maravillosos años en los que representamos para ellos su total soporte y apoyo. Su necesidad de protección, su vulnerabilidad, hacen que centremos toda nuestra atención en ellos. Bueno, es una característica que nos diferencia de la mayoría de los animales. El ser humano, cuando es una cría, precisa de mucha atención y cuidado. El que seamos una especie avanzada, la más avanzada de todas las que conforman el reino animal y el hecho de andar erguidos nos proporciona innegables beneficios... pero también alguna que otra fisura. El ser bípedos —es decir caminar con dos “patas”— implica consecuencias, por ejemplo, a la hora del alumbramiento... la pelvis de la mujer está diseñada para parir, obviamente, pero eso no implica que no seamos unos cabezones enormes siendo fetos y que el alumbramiento de nuestra especie salvo excepciones sea una singladura ya desde el embarazo. Nacemos débiles y frágiles es cierto, y esa descompensación se debe a que nacemos “demasiado pronto”. Pero es que si tardásemos más tiempo en permanecer en el útero de nuestra madre, quizás naceríamos menos dependientes, pero también con una cabeza aún mayor que dificultaría nuestro nacimiento. Así pues, como la “Naturaleza es sabia”, nacemos a medio hacer, pero con la impagable ayuda de una madre, también

de un padre, que cuidarán y volcarán sus máximas atenciones en nosotros en los primeros meses de nuestra vida. El nacer a la vida se convierte para nosotros, en nuestra cultura, –ya sé que me repito en esto, pero es que en muchas ocasiones llegamos a pensar que nuestra cultura es la “cultura modelo” y prácticamente verdadera y única en todo el mundo– en un culto al nacimiento; y aunque reconociendo que nacer no deja de ser una maravillosa muestra de fragilidad, por supuesto que respetable, en ocasiones puede rozar la obsesión. Que si clases de parto, que también clases de yoga, que si aprender a respirar en el alumbramiento, que si las caricias a la barriga, que si le ponemos durante el embarazo unos auriculares también a la barriga con música de Mozart, el niño –o niña– va a nacer prácticamente con una inteligencia prodigiosa y sin estrés, que si se le cuentan cuentos la criatura desarrolla sensibilidad, que si es bueno ir a un parque de atracciones para recuperar y revivir la infancia, que si el taller para afrontar la depresión preparto y postparto, ...

Sobreprotegemos antes de nacer a nuestros hijos; y quizás lo preocupante es que nos hacemos nosotros mismo hiperprotectores desde meses antes del alumbramiento. Lo vamos “aprendiendo”. Cuanta más energía consumimos en esa sobreprotección, más nos vamos enseñando a serlo... y hay que tener cuidado, mucho cuidado porque quizás ese sea el momento en que todo, cuando pase el tiempo, pueda volverse contra nosotros como padres; en otras culturas, cuando llega la hora del parto, -antes justo de ese momento la madre lleva a cabo su dura vida

En nuestra cultura, el nacimiento y el prenacimiento, puede llegar a convertirse en algo obsesivo.

normal- la madre se va cerca de un río, pare, coge la criatura y regresa con él. Sí, sólo es un ejemplo, pero para ellos, eso somos nosotros, un ejemplo “raro”.

Y no paramos de decir que algo está cambiando aquí; que los niños de hoy en día están cambiando, más aún, que la sociedad está cambiando y los está cambiando...¿No será que los que estamos cambiando somos los padres?

A ver, es cierto que no todos los actores de esta obra que se llama Vida somos idénticos e iguales. Ni las historias que a su vez vivimos. Que no todo es negativo sobra decirlo, pero nuestro paseo es un paseo sobre lo que vemos y sabemos que está ahí. Y resulta que cada caso es suficientemente importante como para que en sí mismo se convierta para la mayoría en un universal –es decir que tiene tanta importancia para su entorno y la sociedad en general que con solo ese caso, ya podríamos tomarlo en sí como trascendental para dedicarle toda nuestra atención-. Los casos de bullying –acoso en la escuela-, inicio de la edad en la que los niños empiezan a beber, la dependencia tan enorme que tienen de las nuevas tecnologías –el móvil y el ordenador o la tablet-, para seguir con un culto desmedido a la imagen y a la mimetización de ídolos que no dan un palo al agua y que proliferan por los diferentes canales de televisión, nos hacen ponernos en guardia. Muy en guardia. ¿Exageramos en demasía? Quizás esta pregunta por sí sola pueda generar cierta polémica. Lo iremos descubriendo a lo largo de este paseo.

Por otro lado, nos encontramos en un laberinto en donde ni nosotros mismos sabemos cómo salir. Padres que somos capaces de insultar a profesores e incluso agredirles porque nuestros hijos suspenden o tienen mal comportamiento en clase, padres verracos (verraco: persona despreciable por su mala conducta), que somos capaces de alcanzar altas dosis de violencia verbal a todo ser colindante mientras nuestro hijo practica algún deporte, a los árbitros, generalmente fútbol, e incluso de pelearse con otros padres por esa mencionada obsesión a que nuestro hijo sea estrella mundial y referente ante toda la Humanidad... Padres que, a su vez, crecimos con las videoconsolas y seguimos jugando con ellas con la misma obsesión e intensidad que entonces; padres que, si tenemos la suerte de poder trabajar, es gracias a que podemos dejar a nuestros hijos en guarderías, guarderías para antes de que empiece la guardería o las clases cuando van a la escuela, comedores escolares, guarderías para después que acaben las guarderías o las clases, ...y los ABUELOS. Benditos abuelos. Adorables abuelos que van, vienen, llevan, traen, ponen, quitan, levantan, acuestan, enseñan, hacen deberes, aprenden inglés y desempolvan las matemáticas de antaño... Versión moderna de las chachas esas que aparecen en las películas de nuestro cine español y que eran patrimonio de familias pudientes... Para rematar, nosotros, los padres-abuelos que cuando llegamos a la paternidad pasados los cuarenta...somos casi los abuelos que fueron los nuestros de antaño al tener esa edad...

Vaya lío que hemos montado.

¿Qué clase de padres somos cuándo nuestro comportamiento se aleja de normas de convivencia elementales?

Debemos descansar y tomar un refrigerio. Este paseo es mareante, estresante. Suele suceder cuando uno se mira en el espejo de su vida y ve, de un destellazo, todo este mosaico de situaciones que no nos son nada desconocidas.

Se impone poner un poco de orden en todo esto. Demasiada información, múltiples casuísticas, pero con un elemento común: La preocupación por pensar que algo se nos está yendo de las manos.

Sin embargo, una pequeña mirada hacia el pasado nos puede, si no tranquilizar, sí al menos, hacer que nos demos cuenta de que, como la vida, las situaciones se repiten; que nuestra forma de comportarnos, de ver esa vida no es nueva de hace dos días, sino que si nos pudiéramos ver hace miles de años, probablemente y aunque sin la inmediatez de la información, los recursos y medios de toda índole que tenemos ahora, pues... cómo decirlo: problemas entre padres e hijos siempre ha habido. Discusiones, cambios de pareceres, discrepancias, como queramos llamarlo entre progenitores (padre o madre) e hijos sobre qué hacer (o no hacer), cómo, cuándo...han sido, son y seguirán siendo una constante; sencillamente porque nuestros genes se van pasando de padres a hijos y en ellos está impresa información sobre la visión que interpreta la cría cuando se cree adulta, sobre sus progenitores, y la que interpretan los progenitores sobre su cría en su desarrollo. Conviene señalar un aspecto importante que configura todo este lío y que es bien sabida: La cría no tiene experiencia sobre su porvenir porque no ha llegado a ser adulto aún, pero el

*¿Qué es lo que
ha cambiado
entre las
generaciones
pasadas y las
actuales?*

progenitor sí, porque ya fue cría y avanzó el camino que se le presenta immaculado a su descendiente. De ahí el choque. Se trata de un conflicto entre la experiencia y la ilusión. No quiero enrollarme mucho en esto porque es complejo decir en pleno siglo XXI que gran parte de nuestro comportamiento se debe a lo que somos, a lo que nos viene de “fábrica” de generación en generación. No todo es aprendizaje. Para saber cómo nos comportamos o porqué lo hacemos como lo hacemos, necesitamos mirar a cuando empezamos a ser Homo Sapiens hace como 200.000 años. Para hacerlo más fácil: para los animales todo se reduce a ser macho, hembra y procrear. No te extrañes, fiel acompañante. Eso somos: Nacer, crecer, reproducirnos y morir. Aquí somos muy similares todos los animales mamíferos y tenemos muchos compartimientos comunes. Pero es sumamente conveniente que repita lo de crecer. Crecer. Crecer, porque es en donde frente al resto de seres vivos nos encontramos con una característica que nos hace diferente a ellos: Al crecer, la incertidumbre, los interrogantes que descubrimos y que nos hacen incomparables nos zarandean y nos hacen diferentes no sólo ante los animales sino ante cada ser humano. Somos una realidad inimitable. A partir de aquí, de lo que aprendemos, y de los miles de años que llevamos creciendo es en donde observamos y somos protagonistas de esos conflictos que surgen y que tienen mucho que ver con nuestro desarrollo fisiológico y no fisiológico. Es una mezcla de ambos: Lo fisiológico y el aprendizaje.

*Aparentemente,
el comportamiento de
nuestros hijos
no ha cambiado
de manera
significativa
a lo largo
de los siglos.*

O sea: en la esencia, en el núcleo de los problemas que entendemos que no podemos resolver porque creemos que estamos poco más que ante el apocalipsis... hay algo interesante: No es nada nuevo. A lo largo de las generaciones se ha hablado de las hormonas a flor de piel, de la irrespetuosidad e impulsividad de los hijos hacia sus padres como una situación “imposible”. El ser contestatarios, la rebeldía ante la hora de llegada, sobre la ropa que tiene que llevar, engañar, obedecer sin rechistar... Casi que ha existido de siempre. Y esto a lo largo de miles de años. Sólo han cambiado los escenarios.

Pero pensarás, querido o querida acompañante, que mucho paseo, o mejor mucha vuelta, para tan simple conclusión...es más quizás concluyas que lo pasado, pasado. Que muy bien todo esto del aprendizaje y lo fisiológico y lo heredado y todo eso, pero que qué pasa hoy en día que no paramos de ver noticias, un día sí y otro también sobre lo que ya avanzaba al principio del paseo: Niños que se emborrachan con 12 años; acoso en los colegios que llega a provocar el suicidio en casos extremos, violencia concentrada en adolescentes que campan a sus anchas de manera irrespetuosa, brotes de racismo preocupante, inicio de relaciones sexuales cuando sólo son niños, dependencia hacia nuevas tecnologías y ese tufillo a superioridad, arrogancia e impertinencia con que nos tratan y que nos deja poco más que a la altura de una zapatilla como preludio de lo que será nuestro futuro cuando lleguemos a la vejez... Algunos me dirán que si yo puedo estar tan tranquilo y que si ahora va a resultar que

hay estar de brazos cruzados...que lo que pasa ahora, antes no ha pasado.

Ya lo dijimos... la culpa no es sólo de la sociedad. De estos tiempos. La sociedad y los tiempos no llegan solos o generan este tipo de comportamientos así como así. Como decía y vengo repitiendo en nuestros paseos, si nos paramos a observar qué está pasando aquí, podremos darnos cuenta de que nuestras respuestas ante los cambios no están siendo ni lo rápidas ni lo acertadas que debieran.

En primer lugar, los cambios que se están produciendo a nivel mundial son tan acelerados y tan rápidos que no tenemos capacidad de reacción las generaciones más viejas. Si tomamos como referencia el siglo XX, al cual casi todos pertenecemos, basta echar un vistazo al mismo para darnos cuenta que durante el mismo se han producido varios ciclos trascendentales que han ido durando cada vez menos... y si miramos de soslayo un poco más atrás, nos sorprendemos cuando constatamos que, tomando como referencia el año cero, durante 18 siglos, aun produciéndose grandes cambios económicos, sociales y culturales no suponen para el ser humano un zarandeo serio hasta finales del siglo XVIII con la Revolución Industrial que tuvo una repercusión social enorme (nuevas formas de trabajo, nacimiento del proletariado, utilización de recursos, consecuencias económicas y políticas trascendentales). Pues aún así, nada comparado con el siglo XX en donde los cambios tecnológicos se producen hasta en tres ocasiones (1900-1950, 1950-1.990 y 1990-2020) ¿Qué nos llama la atención de estos tres ciclos de

...pero por otro lado nos encontramos ante situaciones cada vez más complejas y no tenemos respuestas acertadas.

¿Qué está pasando?

1º. Los cambios que tienen lugar a nivel mundial cada vez duran menos y se producen con enorme rapidez y visibilidad.

innovación? Pues eso, la rapidez y la aceleración. Mientras hicieron falta 18 siglos para que la Humanidad cambiase su modo de vida radicalmente (cuestión absurda y hartamente errónea decir esto, pues en realidad estamos hablando de nuestra civilización occidental como si se tratase del total de los habitantes del planeta), es el s.XX el que realmente ha producido una sucesión continua de cambios y “explosiones” en todos los sentidos. Y mientras que el primer ciclo duró unos cincuenta años y entre otras cosas nos trajo dos grandes Guerras Mundiales, el segundo ciclo duró 40 años y nos trajo la crisis del petróleo —claro que también avances tecnológicos y científicos importantísimos— y la actual, en la que nos encontramos inmersos, se prevé que tenga una duración de sólo 30 años. Sólo 30 años. Y esta nos ha traído las redes de comunicación, el software y los nuevos medios. Todo eso que nuestros hijos dominan a la perfección y que la generación de los cuarenta y cincuenta jamás pudieron imaginar que podría existir. ¿Quién en los años 80-90 podía pensar que el fax, que era lo último de lo último fuera eliminado por mensajería instantánea mediante un móvil o un ordenador? ¿Quién podía pensar que los CD’s se amontonarían llenos de polvo en nuestras estanterías pues en un artefacto más pequeño que un lápiz podríamos almacenar cientos de ellos? ¿Quién era capaz de vaticinar que las redes sociales desbancarían como forma de comunicación las tertulias, o que podríamos simultanear varias conversaciones a la vez? ¿qué podríamos tener miles de seguidores sin conocerlos y que podríamos influir realmente en su

formas de vida? Yo no. Y nací a finales de los 60... Ya nada es igual, ni lo será, como cuando nosotros éramos niños. Asumámoslo. En nuestro último tercio del siglo, éramos tan similares en el juego casi como los niños del siglo XV, por decir un siglo: jugábamos en la calle con palos, o a las canicas, o a la pelota, quiero decir que jugábamos presencialmente con más niños y niñas y, en segundo lugar, lo hacíamos en la calle como veinte siglos atrás también lo hicieron otros niños y niñas; y las niñas aprendían labores o jugaban con muñecas o a la rayuela o a la goma con otras niñas... como 2.000 años atrás también lo hicieron otras niñas. Y también jugábamos los niños y las niñas, como siglos atrás, al escondite, o al pilla-pilla, o al “quema”...

*Ya nada es
igual, ni lo será
como cuando
nosotros
éramos niños.*

Mi cómplice paseante, estos cambios de los que te hablo van más allá de la mera innovación tecnológica, pero bien que condicionan, caracoles. Los cambios no son sólo tecnológicos (las autopistas de la información, los dispositivos como teléfonos móviles, ordenadores, tablets, y cómo no, las técnicas audiovisuales), sino también sociales, económicos y culturales... y no nos equivoquemos, pero todo lo que estamos viviendo y conociendo en tiempo real e inmediato nos está afectando. Afectando a nuestro entorno, al más lejano, y fundamentalmente al más próximo y cercano; y a nuestra forma de trabajar, y a nuestra forma de entender nuestras relaciones: las íntimas (no veas la verdadera revolución sexual en la que estamos metidos, otro paseo pendiente), y todas las demás relaciones: con los desconocidos, con nuestros vecinos, compañeros, amigos, familiares,

Ahora a nosotros no nos es posible evolucionar al ritmo de los cambios que se producen, al contrario que nuestros hijos.

pareja e hijos. Los cambios que se producían antaño no ejercían un cambio inmediato en nosotros. Ni mucho menos. Nos daba tiempo a crecer y evolucionar, por decirlo de alguna manera, con esos cambios. Ahora, para más jaleo, nosotros crecemos leeeentamente y nuestros hijos muy ráááááápídamente ante estos cambios. Si nos fijamos bien, nuestros hijos ven la vida y viven la vida de forma diametralmente distinta a cómo la veíamos y vivimos nosotros o todos nuestros antepasados. Parecemos, si me permites la licencia, de dos especies distintas.

Entonces, llegábamos a la pubertad con su explosión hormonal y entonces, cuando entrábamos al instituto -los niños que no estudiaban hacían antes el siguiente recorrido- , con nuestros flamantes 14 años, como decimos los antropólogos, tenía lugar el “rito de paso”. Los ritos de paso son momentos significativos que mediante hechos varios suponen dejar una etapa vital para pasar a otra. En otras culturas, puede suponer dar una droga que le haga perder el conocimiento al adolescente para que olvide su vida de niño e inicie la de adulto, o cazar algún animal y llevarlo al poblado, o para las chicas encerrarse durante días para, al salir del encierro, representar que es una mujer, o limarse los dientes para estar más atractivas en su nueva etapa... bien, pues en la nuestra, el “paso” en sí era ya cambiar del colegio al instituto y dentro ya, en esa edad, un cúmulo de experiencias que se producían de manera veloz: muchos de los fumadores y fumadoras se iniciaron en el instituto fumando a escondidas en los lavabos durante los recreos; muchos tuvieron su primera bo-

rrachera en las fiestas que se hacían en las discotecas para recaudar fondos para los viajes de fin de curso de los alumnos de 3º de BUP... y sí; también las primeras relaciones sexuales al amparo de la oscuridad de esas discotecas. Las primeras relaciones sexuales compartidas, porque años antes, ya se había procedido a la “autoexploración individual”, como bien sabemos. Y es cierto que también éramos crueles y que el gordo era el gordo y el gafitas el gafitas “y que a la salida de clase te espero”... pero la autoridad de los maestros, y la de nuestros padres era suficientemente firme como para erradicar cualquier salida de tono. No había ocasión para perpetuar problemas. Lo que se “publicaba” llegaba enseguida a los maestros y padres que obraban con firmeza. Firmeza y autoridad... Quizás en épocas anteriores demasiada firmeza y autoridad. Seguro. “La letra con sangre entra” por parte de los maestros y la correa que muchos padres guardaban como procedimiento correctivo se convertían en argumento irrefutable para, en no pocas ocasiones, frustrar cualquier salida de tono por parte del incipiente aprendiz de vida. “Ni calvo, ni con dos pelucas”, que decimos por aquí.

Ahora... hemos, adelantado el “rito de paso” y esa tontería tiene sus repercusiones. Gracias primero a la LOGSE (Ley Orgánica de General del Sistema Educativo de 1.990) luego a la LOE (Ley Orgánica de Educación de 2.006), y por último a la LOMCE (Ley Orgánica para la Mejora de la Calidad Educativa de 2013) se estableció, por ejemplo, que los niños que hasta entonces pasaban sus 13 primeros años en colegios para después pasar al

Hemos adelantado el “rito de paso” tras el anticipo de la edad de incorporación de nuestros hijos al instituto.

instituto, adelantasen dos años ese “rito de paso”. Estas leyes de calado, calibradas fundamentalmente en un contexto estrictamente educativo y con intereses más que partidistas, pero no en un contexto social y cultural, han supuesto un desorden, en la sociedad, de enormes consecuencias a mi modesto entender. Y para qué vamos a entrar en las ramificaciones de ciertas leyes que bajo la primacía de protección al Menor, dotaron de colosales derechos y restaron responsabilidades a esos mismos menores frente, incluso, a sus padres.

Segunda cuestión: Ahí va, sin anestesia: Nuestro hijos, a diferencia nuestra y de cientos de años atrás... están creciendo solos. O mejor dicho, están creciendo sin la presencia física y educativa de sus padres. Y más en concreto de su madre. Esa labor de crianza en la que el padre no siempre estaba presente por sus obligaciones laborales, se ha trasladado también a la madre, de tal forma que durante los primeros años de vida... nuestros hijos tienen otros “padres”. No son huérfanos, simplemente han cambiado de padres. Sus padres ahora son la escuela, los abuelos,... y ahora sí, los soportes tecnológicos que les facilitamos y que, desde nuestro descontrol, llevan a cabo esta incompleta misión cuyos resultados son los que nos tienen sorprendidos y desorientados. No me interpretéis mal, pero las madres sois imprescindibles en esta primera etapa de la vida. Ni los abuelos, ni similares apoyos informales (generalmente familiares) ni la escuela, -anda que no hay mensajitos por las redes diciendo eso de que a la escuela se va a aprender y que para educar están los padres-, bien pues nadie de ellos

*2º. Nuestros
hijos están
creciendo solos.*

pueden aportar el “espíritu”, la esencia, la llamada de la propia biología que vosotras como en cualquier especie animal proporciona la madre a sus crías y que, de igual forma, precisan nuestros hijos. Y stop demagogias. Y esto, pese a parecer desfasado, no lo es. Viene a corroborar que una madre es insustituible. Como presiento que algunos ojos miran con mal brillo, interpretad el término madre como lo que significa más que como figura femenina y consanguínea, que, insisto desde la misma historia de la evolución, continúa siendo fundamental. Dejando al margen lo anterior, añadamos las diferentes formas de organización familiar, y sobre esto, la necesidad del trabajo como piedra filosofal sobre la que edificar todo un proyecto de vida en donde todo lo demás pasa a ser accesorio. También la prole. Así es la estampa precisa en la que comprobamos cómo están creciendo nuestros hijos. Publican sus acosos y no nos enteramos; entra a Internet como Pedro por su casa, y no nos enteramos; Se hartan de ver “videomentiras” en la red, y no nos enteramos. Y de nuevo nos rondan las preguntas. ¿Podemos buscar responsables? ¿A quién culpabilizamos? ¿A la sociedad? ¿A los avances en igualdad entre hombres y mujeres? ¿A las nuevas tecnologías?... Que no, que no lo veo. Quizás nuestra responsabilidad, en nuestra cultura, se resume en entender que nuestra capacidad de adaptación, con todos los condicionantes anteriores, nos está costando horrores conseguirla. Fundamentalmente porque estamos embrollados dentro de un laberinto como padres, como ciudadanos, como componentes de la sociedad y, a su vez,

porque la sociedad como un todo genérico y nuestro mundo en su funcionamiento económico, político, laboral, nos está volviendo locos. Y por todas estas fisuras, en las que nos vemos y reconocemos, y en las que nos damos cuenta que lo estamos haciendo fatal con ellos, pues, en lugar de acariciarlos en el sentido más bello y tierno de la palabra, establecerles prioridades, asignarles responsabilidades, mostrarles firmeza y autoridad, les sobreprotegemos. Y por eso volcamos en ellos nuestras expectativas de manera desahogada y exagerada. Antes de nacer y cuando ya están nacidos y creciendo. A fin de cuentas, esa sobreprotección no es más que la forma en la que plasmamos nuestra frustración e incompetencia por no poder, por no apetecer estar y compartir con ellos el tiempo que realmente precisan. Les damos todo lo que quieren. Nos los quitamos de encima a base de caricias mercantiles. Los defendemos a muerte ante todo y ante todos. Y queremos que lo tengan todo rápido y sin esfuerzo. No queremos que sean como nosotros y estamos creando generaciones de otra especie diferente, por no decir de monstruos. Y todo esto a distancia. Por WhatsApp. Y ellos nos necesitan como nosotros necesitamos en su momento a nuestros padres, si me apuras, como las crías precisan a sus progenitores. Necesitan presencia real. Con sus padres. Con su padre y con su madre. O con su padre o su madre, al menos con uno de ellos.

Último apunte: Nuestra cultura ha cambiado su forma de entender todo, o casi todo. Las minorías que en su momento fueron revulsivas, imprescindibles para poder alcanzar cotas de participación por

parte de la mujer impensables, dieron lugar a pasos cruciales y maravillosos hacia la igualdad con el hombre. Pero también a mimetizar tics, taras, que éste ha estado llevando durante miles de años. Somos *casi iguales*, pero tras un día horroroso de trabajo, la cuidadora asume, además, la tarea de cuidar; de cuidar su choza, de alimentar a las crías, de cuidarlas en el más amplio sentido de la palabra. No es casualidad que nuestras tasas de natalidad sean tan bajas. Tampoco que la edad de procreación se haya elevado por parte de la mujer cuando supera la treintena y tampoco que el número de nacimientos sea casi de un niño por unidad familiar...

A lo mejor somos los hombres los que teníamos que haber bajado de nuestro glorioso pedestal para poder ser verdaderamente iguales con las mujeres. Es como en los Juegos Olímpicos. El pódium para el número 1 es el más alto. Cuando suben los demás para la foto de rigor corren el riesgo de caerse. “Del cielo al suelo”. Hubiese sido mejor bajarnos nosotros y compartir menos altura pero más seguridad, más reparto de responsabilidades. El primer puesto en el que hemos estado tan agustito... casi no da sitio para los dos. Y la caída puede ser de órdago.

Es fundamental e irreprochable que la mujer tiene todo el derecho del mundo a su incorporación al mercado laboral, ahora bien, además de que el hombre baje de su dichoso pedestal, se hace imprescindible que el Estado acompañe a la mujer en ese otro camino facilitando de todas las formas posibles que no se tenga que ver obligada a elegir entre su realización como mujer, frente a su realización como madre. En

*3º. La anhelada
igualdad entre
hombre y
mujer... hay que
repensarla.*

realidad, tiene que ser consciente que el apoyo que no hace a las familias –a las madres- de hoy, va a suponer la crisis de las mismas de mañana. El caso de una gran amiga mía, feminista, Doctora en Bellas Artes, y profesora de Universidad que hasta que no tuvo “criados”, como decimos por estas tierras, a sus hijos no se lanzó a realizarse profesionalmente. Primero disfrutarlos y educarlos, después lanzarse a una brillante carrera profesional. Pero no lo tuvo nada, nada fácil en tan maravillosa reivindicación. Por descontado que el Estado no hizo nada por ella. En estos tiempos de avances importantes en igualdad de género, tan justo, encomiable, valiente, necesario como un acceso igualitario para la realización personal de la mujer, es también la realización como madre de la mujer... salvo que entendamos que su misión es exclusivamente la de “transportar” durante 9 meses una especie de alien-parásito, al que arrojar y dejar en manos de otros su cuidado primario.

Terminamos y nos tomamos un refresquito... que el paseo éste... no ha sido cualquier cosa.

Cuarto paseo

Paseo final por la vejez

Si sigues conmigo hasta aquí, fiel acompañante, me doy por más que satisfecho. Compartir hasta estas lindes este trecho es más que alentador para este caminante que lo único que pretende es compartir conocimientos y experiencias. Y te pido disculpas por no ser muy prolífero en las segundas, pero el tiempo de este paseo tiene sus límites bien diferenciados. No podemos dar más de un puñado de miles palabras-pasos.

Así pues... Pongámonos en marcha.

Mientras podemos afirmar con lógica aplastante que hemos llevado a cabo los paseos anteriores con más o menos agujetas, este último no deja de ser para muchos más que un proyecto. Un proyecto a medio-largo plazo de difícil pronóstico salvo en la estimación de la esperanza de vida. La de los niños que están naciendo en estos momentos se puede afirmar ya con certeza que superará los cien años... Y puede que me quede corto. Los avances científicos y tecnológicos se producen a una velocidad tremenda –yo creo que estamos en la era de la velocidad, porque todo lo que acontece, se inventa o genera lo hace a una velocidad que asusta, lo bueno y lo malo–; pues como te decía, admirable acompañante, aquí sí que tenemos todo un universo de incógnitas. Quizás mañana cuando escuchemos las noticias o las leamos en nuestra Tablet, nos encontremos con un remedio contra el cáncer, o el Alzheimer, o nuevos horizontes

*Es una
obviedad que
cada vez somos
más viejos y
nacen menos
niños.*

de la nanomedicina que hará posible que enfermedades genéticas dejen de serlo... hay quien habla ya de la cuasi-inmortalidad de nuestra especie... Pero en cualquier caso, no nos desviemos; estamos en el “aquí y ahora”, y ese “aquí y ahora” nos dice que somos una sociedad vieja y que muy pronto todos seremos más viejos, que seremos mayoría frente a las nuevas generaciones que van naciendo con cuentagotas mientras las viejas suponen una cascada cada vez más gigante que no se acaba... Y esto tiene su miga.

¿Qué sucede cuando pasamos de “viejos activos” a “viejos inactivos”?

Hemos sido capaces de ampliar el camino de la vida que, hasta no hace mucho, era más corto y farragoso. Lo hemos ampliado y lo hemos hecho autovía, pero permíteme que insista, mi acompañante, hay momentos en los que se colapsa. Y como le suele pasar a nuestra especie, nos pilla con el pie cambiado. Llegamos a viejos, pero esta sociedad no aguanta a sus viejos. De esta afirmación es difícil moverme. Y es verdad que es maravilloso eso que se llama “envejecimiento activo” y que ha definido la OMS (Organización Mundial de la Salud) y que hasta la ONU ha elaborado unos Principios maravillosos, que hay programas de vacaciones para la Tercera Edad a partir de setiembre, que la tarjeta del autobús es casi gratis o gratis, y que si te rompes una cadera, en dos días estás de nuevo andando... Pero ¿qué pasa cuando pasamos de “activos” a “inactivos”? ¿Cuándo nos demenciamos, -no hace mucho se le decía “chochear”-, cuando nos perdemos en nuestra propia casa, cuando nos quedamos solos y no somos capaces de pedir ayuda aunque tengamos un botón colgado al pecho, cuando nos damos cuenta

que nos tratan como si fuéramos niños cuando vamos al médico del seguro –los de pago suelen ser más delicados por la cuenta que les trae-, cuando los más jóvenes han olvidado lo que significa “respetar a las canas”, cuándo los hijos tienen la osadía de tratar a sus viejos padres como si fueran sus hijos...?

Si en algo se pueden parecer la infancia y la vejez es que ambas precisan de cuidado. Bonita palabra. Bueno, más apropiado sería decir que, a fin de cuentas, cuando estamos en situación de fragilidad o debilidad por una enfermedad o por otros motivos que requieran que otros miembros de nuestra especie nos dediquen tiempo y recursos, precisamos cuidado... sea cual sea nuestra edad.

Qué bonita palabra esa de cuidado. Y es que es consustancial al ser humano el cuidado. Ser cuidado. Pero no sólo es consustancial a nosotros. Muchos animales también tienen el instinto de cuidado hacia su descendencia, primordialmente, como garantes de la preservación de la especie. Ya lo hablamos en nuestro anterior paseo. Nos enternece ver cómo un pájaro cuida a sus polluelos, cómo el más feroz de los animales pierde toda su inclemencia ante sus cachorros... El ser humano, más frágil en su nacimiento que el resto de los animales, se ve obligado a prestar una atención mucho más intensiva hasta que la cría tiene capacidad para poder cuidarse de manera autónoma. Y por supuesto que nos enternece ver cómo los padres ejercen su cuidado y la protegen ante cualquier adversidad.

*El instinto de
cuidado es
común entre
los animales
cuando nacen...
pero no tanto
cuando están
viejos o
enfermos.*

*Los humanos
hemos
considerado
como
incuestionable
el cuidado a los
viejos.*

Cuando el cuidado se hace preciso para los más viejos, para los que ya han cumplido con su función en el clan, en el grupo, en la manada, se evidencian diferencias sustanciales: Los animales viejos, débiles, o enfermos, son disgregados del grupo y abandonados a su suerte, convirtiéndose en presa fácil para los depredadores. Se prescinde de ellos por convertirse en una carga tanto para tener acceso a la escasa alimentación, como para poder mantener el ritmo en los desplazamientos. Se convierten en una amenaza real para el resto del grupo. Sólo especies con organización social muy evolucionada (lobos, perros salvajes de África, primates superiores, elefantes, delfines y cetáceos) cuidan al más débil, al enfermo, al viejo. En estos casos el animal herido o viejo no es abandonado; es sostenido y estimulado por los otros. En la especie humana también es así. O debería de ser así. En la complejidad que lo caracteriza desde hace miles de años, el viejo ha sido sujeto de protección y respeto, haciéndose eco de ello diferentes civilizaciones, sociedades, religiones y culturas. Lo contrario también ha sucedido, sobre todo cuando los primeros grupos humanos se tenían que mover para buscar alimento y no podían ir al paso de los viejos; no se puede obviar que también han sido objeto de burlas, de maltrato, de abandono... pero como una cuestión marginal. Por ejemplo, en las grandes religiones, la atención, la protección, el cuidado a los viejos se considera como una obligación. Una obligación moral. “Honrarás a tu padre y a tu madre” que dice la tradición cristiana en su Biblia; O el Islam en el Corán, “...ora que uno de

ellos haya llegado a la vejez o que hayan llegado ambos y que vivan con vosotros. Guárdate de demostrarles desprecio y de hacerles reproches. Háblales con respeto.”(Sura 17:23); o el Judaísmo, “Respeta al anciano que no por culpa suya ha perdido el saber” (Berajot: 8,b).

Fíjate, compañero, compañera de paseo si no representa en sí la vejez toda una institución. Y porque no te satures con otros ejemplos de sociedades, tribus y organizaciones en donde se enfatiza, en resumidas cuentas, en la protección y cuidado que hay que brindar al anciano.

Bueno, no se trata de un cuidado para proteger por interés, por decirlo de alguna forma, el futuro del clan, de la tribu, del grupo, de la sociedad, que es el caso del cuidado a los recién nacidos. Se trata de una obligación y, más aún, de un derecho que tiene el anciano de recibir por todo lo que él ha contribuido a lo largo de su vida en beneficio de ese clan, esa tribu, ese grupo o esa sociedad en la que se ha desarrollado y ha dado lo mejor de sí mismo. Tiene todo el derecho del mundo a ser cuidado como nosotros toda la obligación del mundo a cuidarlo sin más interés que ése.

Y llegado este momento, es muy probable que nuestro paseo de torne un poco incómodo y difícil al paso. Con baches y recodos maliciosos. Adentrémonos.

Tan claro y diáfano como lo que hemos estado hablando hace un momento... pues surgen ahora los conflictos y las dudas, o los interrogantes.

*Cuidar al
viejo no es
una necesidad,
es nuestra
obligación...
que sigue
recayendo en
las mujeres.*

*Aprendimos
a cuidar a
nuestros viejos
de generación
en generación
y pronto
olvidaremos
cómo se hace.*

Creo que si en algo podemos estar en acuerdo tras estos pasos que llevamos “recolectados” es en el hecho objetivo de que esto –y cuando digo “esto” me refiero a todo-, “esto” ha cambiado mucho... y sí, de manera muy rápida. Aquí el que tengamos más avances en todas las materias ha provocado un colapso de proporciones más que considerables. Gracias a esos avances somos más, pero menos, que es lo mismo que decir más viejos, con menos jóvenes. Olvidémonos en nuestra cultura de cuidar a los padres o abuelos en nuestras casas: O no caben, o no estamos nosotros para eso... bueno, en lugar de nosotros, habría que decir nosotras, porque si hay alguien que sí que cuida a sus ancestros sigue siendo la mujer por abrumadora mayoría. Y aquí, al contrario de lo que pasaba en nuestro paseo anterior sí que lo hace intentando compaginar doblemente el trabajo con el cuidado... y porque al ser cada vez más los viejos que rebasan los ochenta años, muchas de las cuidadoras ya no trabajan - con todos los matices que tiene el verbo trabajar para las mujeres- porque son “casi viejas” y ya se han jubilado. El problema se acentúa porque ya sólo quedan las últimas generaciones que dan los últimos coletazos en lo que aprendieron durante siglos –insisto en nuestra cultura- sobre el cuidado. Cuidamos aún porque vimos cómo cuidaban nuestras madres a sus padres, lo aprendimos por imitación a través de generaciones y generaciones, pero esto se está empezando a olvidar. “Se acabó lo que se daba” que diría alguno. Los fundamentos éticos y morales que “obligaban” a este cuidado están de capa caída y, por supuesto, la sociedad camina

con paso firme hacia la despreocupación, hacia el admitir que los viejos, ancianos, personas mayores, vivirán la última etapa de su vida en una residencia, antaño llamada asilo, hoy centros residenciales que vienen a ser como los hospicios de antes en los que vivían los niños huérfanos. Pues eso; lugares ahora en donde viven viejos- huérfanos.

Los avances sociales nos empujan a proyectarnos sobre nosotros mismos. Y en esa observación dejamos de lado a nuestros Mayores. Por eso entendemos que deben de vivir en Centros Residenciales. Y, afortunadamente, muchos –pero ni remotamente todos- están dotados y preparados para “disimular” el entorno natural en el que tendría que vivir el anciano. Antes de terminar este paseo volveré a este punto. Mucho está escrito y hablado y estudiado que en este caso, también tiene mucho que ver la situación de la mujer. Ya no puede cuidar a sus padres ni a sus suegros. En nuestra especie la labor de caza, era para el hombre. Caza en un primer momento literal para proveer de alimento a la tribu y caza, a lo largo de los siglos en un sentido simbólico como acción para proveer de recursos a la banda, la tribu, el clan, la familia. Lo anterior... y procrear. Entiéndase por procrear el dejar su esperma en la hembra para que, como el que mete una semilla en un tiesto, sorprenda una mañana con una flor. Y al envejecer, y por la experiencia acumulada en su “caza” y en su papel residual en la educación de las crías, a formar parte del consejo de sabios y gozar del respeto y cuidado del resto de componentes de su grupo. Con la mujer ya sabemos la historia. Ella se dedicaba a la recolección.

La mujer como verdadera protagonista del sostenimiento de la familia y del cuidado de sus Mayores en particular.

La recolección era aquello que brindaba la naturaleza de manera gratuita en forma de vegetales y frutos y que compatibilizaba con el cuidado y crianza de las crías. Recolección, a los largo de los siglos como ocupación doméstica, fundamental pero “marginal” en cuanto a ser comparada con la del hombre. Ocupación y cuidado. Ahí está. Y en función del paso de los siglos con más sumisión o sentimiento real de ser ésa su parcela y, además, cuando se hacía preciso, prestando apoyo al varón y demostrando su capacidad de adaptación a las circunstancias de la época en la que vivía. Claro que hay excepciones... en las que ahora no podemos detenernos. El cuidado a los más viejos fue evolucionando también como lo iba haciendo la sociedad. Bueno..., también es cierto que viejos como los entendemos ahora, pues tampoco. Porque no había muchos. Porque era impensable que una persona pudiera llegar a los 80-90 años en condiciones medianamente saludables.

El Estado no ha sabido proporcionar a la familia, ni a sus Mayores, el apoyo necesario para evitar una precaria atención.

...Y hay un momento en el que la mujer decide que ya está bien eso de tener que ir a la sombra del hombre; que si miles de años atrás la diferenciación entre él y ella estuvo motivada por la tendencia a cazar de él y recolectar y cuidar de ella... ella también podía y, además quería cazar. Y el cuidado empezó a entrar en crisis. Empezó a entrar en crisis porque el Estado no fue consciente, aquí tampoco, de lo que se estaba jugando en todo esto. Pensó que los niños los traían cigüeñas y que los viejos... bueno, a mi entender, nunca llegó a pensar en ellos, salvo cuando los viejos les empezaron a crecer a “mogollón” y bueno, aquí hay una parte de buen color negro

que se manifiesta en el hecho de un Estado que no puede atenderlos a todos ni social ni sanitariamente, dándoles pensiones de risa y haciendo que se gasten media pensión en medicamentos y valorándolos para eso que llaman Ley de la Dependencia cuando ya se han muerto... Y no sigo.

De nuevo un cortísimo periodo de tiempo nos ha abofeteado sin capacidad de reacción. De pronto, en muy pocas generaciones, hemos pasado de entender que era obligación de los hijos atender y cuidar a los padres -como así había sido de siempre- a comprender que no, que eso no es posible. No sólo eso, son ellos, además, los que tienen que cuidar a nuestros hijos, no como devoción... sino como obligación. No como una actividad marginal y esporádica, sino como una actividad continua y necesaria.

Vaya, vaya...

Porque antes las viudas, prácticamente cuando enviudaban, se iban a vivir a casa de sus hijas o de sus nueras y entonces allí sí que formando parte de la unidad familiar llevaban a cabo labores lógicas de crianza y cuidado de sus nietos y, a su vez, ellas eran cuidadas por sus hijas o nueras... pero eso también ha cambiado. La dependencia de antaño se ha retrasado. Decir antes que una mujer o un hombre tenían 70 u 80 años era condenarlos poco más que a tomar el sol en primavera y a salir los domingos a misa. Decir ahora que alguien fallece a esa edad es decir: "pues no era tan mayor..." porque a esa edad, muchos viejos viven solos en sus casas, salen, entran, viajan y cuidan de sus nietos.

El cuidado a nuestros viejos será cada vez más residual.

Y un buen día, como bien definió un buen amigo mío, se reunieron los hermanos y alguien dijo: “tenemos que hablar, mamá no está bien”. Y aquí empieza el inicio de un verdadero calvario.

Y de otro paseo que, cuando te apetezca, si es que te apetece, mi amigo, amiga paseante, podremos hacer juntos.

Gracias por haber llegado hasta aquí conmigo... Gracias desde el corazón. Recibe mi más cordial y cariñoso abrazo.

P.d. Si lo deseas puedes escribirme a:
joseluisparejarivas@icloud.com

7. Bibliografía

AMEZÚA, E.; FOUCCART, N. (s.f.) en Instituto de Sexología (INCISEX). descargado de <http://www.sexologiaenincisex.com/conceptos-de-sexologia-y-sexualidad/la-procreacion/>

BARASH, D. (1981) *El comportamiento animal del hombre*. Barcelona. A.T.E.

BARFIELD, T. (2001) *Diccionario de Antropología* Barcelona, Bellaterra.

BETANCUR, G.E. (2016). “La ética y la moral: paradojas del ser humano” en Revista CES Psicología, 9(1), 109-121.

BONTE, P.; IZARD M. (2008) *Diccionario Akal de Etnología y Antropología*. Madrid, Ediciones Akal.

CARPIO MENDOZA, J. (2014) descargado de http://prezi.com/igl4_azx_td/?utm_campaign=share&utm_medium=copy&rc=exoshare

CARRILLO GONZÁLEZ, R (2011) en www.anatomiadelahistoria.com descargado de <http://anatomiadelahistoria.com/wpcontent/uploads/2011/10/Cazadores-recolectores.pdf>

ELIADE, M. (1994) *Mito y realidad*. Barcelona, Labor.

FERNÁNDEZ GARCÍA, T.; PONCE DE LEÓN ROMERO, L. (2012) *Trabajo Social con familias*. Madrid, Ediciones Académicas, SA.

GINER, S.; LAMO DE ESPINOSA, E.; TORRES, C. (eds). (2013) *Diccionario de Sociología*. Madrid, Alianza Editorial.

HÖFFE, O. (ed.). (1994) *Diccionario de Ética*. Barcelona, Ed. Crítica.

LUCAS MARÍN, A. (ed.) (2009) *La nueva comunicación*. Madrid, Trotta.

MOORE, HENRIETTA L. (2004) *Antropología y feminismo*. Madrid, Cátedra.

SEGALEN, M. (1.997) *Antropología histórica de la familia*. Madrid, Taurus Universitaria.

SHEURMAUN, E. (1.998) *Los Papalagi*. Barcelona, RBA.

UNIVERSIDAD DE PALERMO ARGENTINA, (2009), “Ensayo sobre religión e ideología: influencia de los prejuicios en los procesos de identidad. Procesos Históricos”. Descargado en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=20014554007>

YUSTA, J. (2.004) *Diccionario de Antropología creyente*. Burgos, Monte Carmelo.

José Luis Pareja Rivas

Es desde 2003 Director Gerente del Centro para Personas Mayores Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro, labor profesional que complementa con su gran pasión, la docencia. Actualmente es profesor colaborador de la Valencian International University (VIU) y de la Universidad de Granada en posgrados relacionados con el cuidado y la atención a personas mayores. José Luis Pareja fue Secretario General de Cáritas Diocesana en Tánger (Marruecos) y Responsable Técnico de Cáritas Diocesana en Granada.

Licenciado en Antropología Social y Cultural y Diplomado en Trabajo Social por la Universidad de Granada, en la actualidad realiza su Doctorado en Derecho y Ciencias Sociales en UNED. Ha cursado diferentes postgrados, el Máster en Dirección y Gestión de Centros para Mayores ETEA y es Experto Profesional en Gestión y Administración de Fundaciones (UNED) y Evaluador Experto en el Sistema de Acreditación de la Sociedad Española de Geriatria y Gerontología.

Miembro del Grupo de Investigación del Aula Internacional de Biomedicina, Ética y Derechos Humanos (UNED) y es miembro del Consejo Asesor del Aula Internacional de Biomedicina, Ética y Derechos Humanos. Socio Numerario de la Sociedad Española de Geriatria y Gerontología (SEGG).

Escritor prolífico, es coautor de varias publicaciones sobre personas mayores, y cantautor.

ética

cuadernos de
ética
en clave cotidiana



✳ Editorial Perpetuo Socorro
Covarrubias, 19. 28010 Madrid

C/ Félix Boix, 13 28036 Madrid
fundraising@funderetica.org
www.funderetica.org

Otros números de Cuadernos de ética en clave cotidiana:

Nº 10: Internet y las redes sociales, aspectos éticos. Margarita Martín Martín

Nº 9: “Ética y vida: La bioética”. Rafael Junquera Estefani y Ana María Marcos del Cano

Nº 8: “Los agentes de la Cooperación Internacional al Desarrollo. Una mirada ética” Patricia Rodríguez González

Nº 7: “Videojuegos, gamificación y reflexiones éticas” Margarita Martín Martín y Luis Fernando Vílchez Martín

Nº 6: “Función Social de la empresa: Una propuesta de evaluación ética”. Elisa Marco Crespo y Enrique Lluch Frechina

Nº 5: “Ética del Cuidado y Mayores. Los cuidados a las personas mayores desde un horizonte ético y en la búsqueda de la calidad de vida”. Rosario Paniagua Fernández

Nº 4: “Introducción a la Ética Familiar” Victor Chacón, CSsR

Nº 3: “Interpelación Ética de las mujeres que ejercen la prostitución” M^a Luisa del Pozo

Nº 2: “Ética y Escuela” Juan José Medina Rodríguez y M^a Isabel Rodríguez Peralta

Nº 1: “Bases éticas para la mejora de nuestra organización económica y política” Enrique Lluch Frechina y Rafael S. Hernández.

Nº 0: “El Don que Transforma, una mirada moral desde el carisma redentorista”. Carlos Sánchez de la Cruz.

Puedes descargarlos en la página web: <http://funderetica.org/cuadernos/>

Puedes comprarlos en la página web: <https://pseditorial.com/>